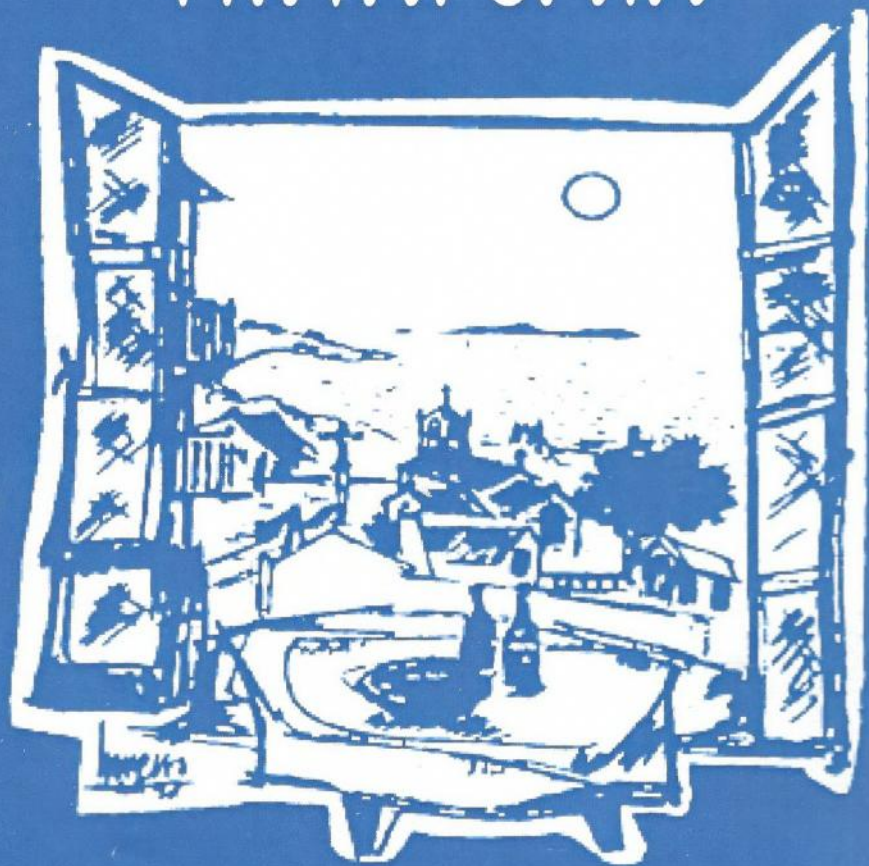


XV FESTA do VIÑO TINTAFEMIA



6, 7 e 8 de Xullo de 2018
Santa Maria de Cela

TINTA FEMIA, UNA RAZÓN PARA VIVIR

El domingo 21 de mayo volé de Este a Oeste de la península Ibérica. Partí de Barcelona a 24 grados de temperatura y una humedad pegajosa antes de las 05:00 AM y aterricé en el aeropuerto de Santiago de Compostela, fresco para manga larga. Era tal mi ansiedad que al mirar por la ventanilla a punto de tomar tierra, tuve la sensación que me movía más rápido que la sombra de la aeronave.

Flotando en el espacio reconozco cada vez con más detalle la geografía gallega atlántica y mi corazón explota. Puedo avistar la península del Morrazo con la Ría de Vigo al Sur y la Ría de Pontevedra al Norte. El puente de Rande, que une cual grapa ambas márgenes de la Ría de Vigo, y en su embocadura, las islas de Cíes y Ons donde ahora sé que los antiguos pobladores celebraban la maravilla Divina de ver salir y ponerse el sol; ceremonia natural de vida, muerte y resurrección.

Voy a un acontecimiento importante. El proceso de cata y selección de los vinos que se presentarán en la Fiesta de la Tinta Femia, variedad autóctona que sólo aquí prospera, vitis dinosaurio con nombre y apellido, fina, elegante, brillante y de una acidez extraordinaria, cuya cepa madre fue plantada en la tierra que estamos pisando, en el año de 1782, y que hoy corre riesgo de extinción. Llegué tarde pero siento que fui perdonada. Un puñado de no más de 8 hombres liderados por Fernando García, Presidente de la Asociación de Viticultores San Martín de Bueu, me esperaban para hacer la ruta en dicha Parroquia. Me uní a ellos junto al Igrexario, km 0 de Cela, cuyo nombre puede atribuirse a celda de religiosos pero también y me gusta más, a lo que en catalán llamamos celler y en latín cellum, granero, bodega.

En este camino, bodega por bodega, tan pequeñas como limpias, junto con los vinos, todos de gran carácter y autenticidad brutal, aparece la conversa fundamental. La gran preocupación de estos hombres y algunas, pocas, mujeres, porque su cultura no desaparezca. Apunto en mi libreta varios motivos. Estas gentes no han logrado convocar a sus generaciones más jóvenes en la conservación de esta cultura. "El mar da más dinero", me dicen. Pesca de gran altura, bajura, el marisqueo y la acuicultura, son una competencia casi imbatible.

La otra amenaza que apunto es común a toda geografía vínica. El afán institucional por estandarizar el gusto y "embellecer" el paisaje vinícola, poniendo en grave riesgo lo real de una cultura única.

Lo que hacen estos colleiteiros y viñateiros, es intentar salvar lo natural, bello por real, frente a la sacralización de la viña pulcra y el paisaje pulido, en general logrado gracias a intervenciones tóxicas, que desnaturalizan la tierra, la actividad humana y por tanto, su resultado. La vida sólo prospera protegiendo su diversidad.

Pero este grupo de veteranos portadores de una convicción extraordinaria, que promedia los 60 años y pico y conoce como nadie cada centímetro de la geografía vínica del Morrazo, no se rinde. En esta empresa de defender la cultura de la Tinta Femia, han encontrado su Ikigai, una “razón para vivir” como definen los japoneses, una misión que trasciende, por definición, el mero objetivo del rendimiento económico y tiene más fuerza que un titán.

Y en este camino, han encontrado un cómplice extraordinario en Antonio Portela. Un poco más joven, fino catador, como muy pocos, comprometido en cuerpo y alma, para que todo esto reviva y prospere. Antonio aporta una visión de calidad sin complejos y habla de los “Cru” del Morrazo.

Cela para la Tinta Femia, la Ría de Aldán para los blancos sobre todo de Loureira y más abajo, en la zona de las dunas de Cangas, un “Cru” para hacer locuras.

He aquí la evidencia de la esperanza, de la luz. En este camino vital, logran encontrarse una generación y media. Gente con conocimiento y experiencia telúrica con otro que busca más que respirar, convertir teoría en acción.

Este Ikigai, esta razón de vivir de unos y otros, tiene su apogeo cada mes de julio, cuando una enorme plaza de parking desangelada, se convierte en el altar de los buenos propósitos. Allí, junto a la iglesia románica, mirador a Poniente, acontece la Fiesta de la Tinta Femia, que convoca cada vez más público y atención mediática.

La condición anónima de la presentación de los vinos, la competencia justa y el ánimo festivo, están transformando esta “justa de la Tinta Femia” en uno de los festivales vínicos más atractivos del verano. Y no sólo para los gallegos.

En estas mismas fechas hay otras celebraciones vínicas importantes. Algunas más elegantes que otras. Todas de celebrar y respetar. Ninguna más auténtica. Si me dan a elegir, a partir de ahora, mi Julio enófilo, estará dedicado a la Fiesta de la Tinta Femia. Y si estos morrecenses auténticos me aceptan, querré hacer también mío, su propio Ikigai, su razón para vivir.

Mi corazón, mi fuerza y mi convicción anidan también, bajo una viña de piedra de poco menos que un metro de alto, donde estirarme y levantado mi cabeza, otear el horizonte atlántico, sólo interrumpido por la presencia de Cíes y Ons.

Boa festa! Boa y larga vida a la Tinta Femia autentica del Morrazo!